

han querido sacar copias del cuadro y jamás han podido dibujarlo con perfección. Cita al alferez Baltasar de Figueroa, que, siendo primoroso pintor, como lo acreditan sus obras, al querer sacar un retrato de la milagrosa imagen, se le turbó la vista, y confesó públicamente que no podía principiarse el bosquejo. Y yo mismo, siendo prior del convento, vi, añade el concienzudo historiador, á Juan de Cifuentes, que, encargado de hacer una copia de la imagen, no se atrevió á dar pincelada alguna por el respeto que le infundía la celestial Señora.» Ahora bien ¿quién no reconocerá que es maravilla muy grande que se conserve hermosa y lucida la santa imagen estando pintada al temple en tela de algodón que es tan corruptible? Suponiendo que no hubiera sufrido las injurias del aire, del sol y de la lluvia, á los cincuenta años debería haberse podrido. Personas ha habido en Colombia que por curiosidad han guardado mantas de algodón finas tejidas por los indios y que llamaban de pincel, porque con tierra negra y colorada pintaban en ellas curiosas labores: y por mucho cuidado que con ellas tenían, no quedan de ellas siquiera vestigios.

Hay otra circunstancia que llama vivamente la atención en la conservación del prodigioso cuadro, y la manifestaremos citando á la letra las frases del historiador Groot. «Nuestro siglo incrédulo poco caso hace de los milagros; pero en la imagen de Nuestra Señora de Chiquinquirá hay, entre muchos, uno constante que se verificará á vista de todos; y quien no lo vea, es porque está en el caso de aquellos de quienes dice el Evangelio que *viendo no ven y oyendo no oyen*. Este milagro consiste en que, haciendo por lo menos doscientos setenta años que diariamente se están *tocando* en el lienzo de la Virgen mazos de rosarios, manojos de yerbas, panecillos de tierra blanca y otras mil cosas, el lienzo no ha sufrido nada, debiéndose haber destruído y acabado la

tela en la parte que tales refregones sufre diariamente. Y es menester ver cómo se hace la aplicación de estos objetos al cuadro, para conocer el milagro de mantenerse sano. Como el cuadro está en alto tienen en la iglesia una vara larga con un garabato en la punta y engarzados en este garabato los objetos, los aplican al lienzo de manera que no quede duda de haberse tocado bien con la imagen. ¡Y en más de dos siglos y medio de maniobra diaria, el lienzo se mantiene bueno y sano!... ¿Estará esto en el orden natural de las cosas? (1)». Lo que escribe este autor se verificó hasta hace unos cuarenta años, después no. Pero solamente hará como ocho años que se quitaron del cuadro las muchas y pesadas joyas de oro y plata que con alfileres pendían de él. Realmente es singular que el lienzo renovado se conserve aún en estado tan perfecto.

## VII

## EL SANTUARIO

Por más de un año permaneció la santa imagen en el rústico oratorio donde se verificó la renovación. Á principios de 1588, el Arzobispo de Santa Fe de Bogotá, Dr. D. Fray Luis Zapata de Cárdenas, fué á Chiquinquirá acompañado de dos canónigos y otros eclesiásticos á venerar la imagen, cuyos prodigios conocía por la información jurídica que de ellos había mandado levantar. En esos mismos días se presentó con el mismo fin el Presidente del Reino con muchos caballeros y personas principales de Bogotá. El Prelado quedó tan sobrecogido de respeto y tan lleno de devoción al ver á la Santísima Virgen, que dispuso como sin pér-

(1) Groot, Historia de Nueva Granada.



dida de tiempo se construyese iglesia capaz y decente á Nuestra Señora de Chiquinquirá. El mismo Señor Arzobispo bendijo y colocó la primera piedra, y el Presidente y su comitiva sacaron tierra para poner los cimientos. Fué la primera iglesia de piedra y ladrillo que en aquellas partes se levantó, y tenía 150 pies de largo y 38 de ancho. En 1636 se hicieron cargo del santuario los religiosos Dominicos, y hasta la fecha son los celosos guardianes de la Santísima Virgen. Justamente les correspondía este honor, ya que ellos fueron los que penetraron en el país con el conquistador Jiménez de Quesada, y los primeros que plantaron la cruz en los valles que circundan á Chiquinquirá. Éstos eran también los anhelos de María Ramos (venerable la llaman algunos cronistas). Un día dijo al P. Diego, dominicano: «Hijo (siempre le daba este título), ¡cómo me huelgo de verle con este hábito, porque esta casa ha de ser un gran Convento de su Religión!» Hoy en este paraje se levanta el templo llamado de Jesús María y José que poseen los hijos de Santo Domingo.

En el altar mayor está la fuente que manó en el mismo sitio en que se verificó la renovación milagrosa. Desde hace tres siglos los romeros acostumbran sacar agua y barro del pozo de dicha fuente, y no se ha ahondado á pesar, dice Groot, que con el barro que se ha sacado de ahí se podían haber hecho unas pirámides como las de Egipto ó mayores.

El santuario donde actualmente se encuentra colocada la imagen de la Santísima Virgen y que á juicio de arquitectos de fama es el más bello de Colombia, se comenzó en 1801. Once años más tarde se trasladó con pompa inusitada el cuadro portentoso. En 1824 fué consagrado por el Ilmo. Sr. Obispo de Mérida en Venezuela, á quien se debe también la aprobación pontificia del oficio propio de Nuestra Señora de Chiquinquirá y del

Patronato de la Virgen para toda la República de Colombia. El R. P. Salvador Ruiz en los artículos citados de *La Rosa del cielo* hace la siguiente descripción del santuario.

«Mirando hacia el S. E. y en una área de unos 250 metros, hállase el templo de piedra en esta disposición: atrio elevado, ancho y espacioso; á sus dos lados superiores levántanse dos esbeltas torres salientes de tres cuerpos, con sus correspondientes cornisas y ventanas, de 37 metros de altura, terminadas en figuras piramidales, distantes entre sí 26'90 metros. Llena este espacio un proporcionado frontispicio de orden dórico, sencillo y majestuoso, correspondiente al aire general del clásico edificio. Sus adornos, sobre los cuales el sol desde la mañana proyecta sus rayos, son éstos: sobre los capiteles de cuatro pilastras embutidas se ensancha un entablamento ó cornisón ancho; de ahí levántase el frontón central que lleva á los lados dos grandes jarrones y una considerable balaustrada de piedra; al centro sobresale una estatua de piedra del Patriarca Santo Domingo; y sobre la portada principal la imagen de Nuestra Señora de Chiquinquirá, de relieve, tallada en piedra; y en las dos de los lados otras iguales representando alegorías.

Ahora pasemos el umbral. Dan paso al interior por un corto vestíbulo tres grandes puertas correspondientes á otras tantas naves que componen la planta total del Santuario. Las naves, que son lo primero que se ofrece al espectador, están así distribuidas por lo bajo: la central, que mide de ancho 10'50 metros, partiendo del coro, va á formar la cruz latina al pie del presbiterio; y dos laterales más angostas empiezan desde las portadas y bajo una especie de galería fantástica que se aleja, van á unirse tras el ábside semicircular del templo: formando de esta manera un arco tendido



de 7'13 metros de altura por 81'91 metros de largo.

Extendamos la vista por el ámbito, y espaciémonos en su contemplación. De los lados de la nave central levántase sobre plintos ó netos doce grandes columnas de orden dórico, de 8'18 metros de altura, compuesta cada una de cuatro columnas agrupadas á una pilastra cuadrangular, terminadas por un capitel y su correspondiente cornisón; y seis sencillas al remate, de 2'34 metros de distancia, que forman el ábside y á igual altura sustentan la arcada y una media bóveda esférica, obra muy elegante y atrevida, bajo cuya sombra descansa el trono de la Virgen.

De todos los cornisones de las columnas centrales arrancan arcos de medio punto en cuatro direcciones: los primeros arcos torales más elevados, originan las bóvedas centrales, vaídas, en número de cuatro hasta el espacio donde arranca la media naranja; y dos más al interior que sustentan las bóvedas que cubren el presbiterio y el Altar. Todas estas bóvedas se hallan adornadas con florón oval de hojas de acanto; y sus cuatro senos con una esquinera gótica de talla, que lleva al centro figuras simbólicas al fresco y á los lados follages desarrollados en formas triangulares.

Los arcos menores á derecha é izquierda cubren las distancias y enlazan entre sí las columnas. Los últimos, cayendo hacia las naves, van respectivamente á terminar sobre el capitel de una columna embutida en el muro, formando en los espacios al rededor de la nave central diez y nueve bellísimas bóvedas de arista sin otra decoración que el estuco y un florón de acanto tallado en el vértice. Sobre el gran cornisón ó entablamento que circunda el templo, hállanse los entrepaños de los arcos que llevan en el centro una ventana con su portada dórica, conjunto que inunda en claridades la espaciosa Basilica. En los intermedios de las eleva-

das columnas del muro, bajo una especie de arco rebajado, aparecen las anchas y elegantes capillas, las que en número de quince, según los misterios del Rosario, rodean el templo ostentando en su fondo hermosos y artísticos altares, donde alternan los órdenes dórico, jónico moderno, toscano, corinto, compuesto y jónico antiguo, decorados según las exigencias particulares del estilo. De sus lados dos ventanas ovales derraman en derredor torrentes de luz; la que, añadida á la que arrojan también al rededor las ventanas superiores y á la fácil reflexión del estuco bruñido, hacen del templo un cielo magnífico de gloria, realizada por la severidad de su arquitectura y lo delicado de su decoración, que es toda talla fina, dorada y de cuando en cuando esmaltada. Este es el templo, que mide 15'84 metros de altura. Vengamos á la media naranja. La media naranja de orden jónico moderno con su soberbia cúpula, es como la regia corona de este grandioso conjunto del arte. Sobre los cuatro arcos torales del crucero y sus pechinas desarróllase horizontalmente un anillo de 11 metros de diámetro; sobre él levántase el cimborrio de 7'32 metros de altura, cerrado por una bóveda de cobre laminado que mide 5'50 metros de radio, y el cupulino y linterna sobre su anillo de 2'20 metros de ancho y una elevación de 5'40 metros, termina en una acrotera donde se afianza uno de los pararrayos que guardan el edificio, y sirve de base á la esfera que sustenta la cruz. Lleva al exterior el cimborrio ocho arcos con ocho entrepaños y ocho pilastras con cornisamento coronadas de jarrones. Los arcos están adornados con archivoltas y claves, teniendo al pie cuatro azoteas con balaustradas de piedra.

La decoración interior, sencilla como es, redúcese en la cupulita y cupulino á seis arcos con bastidores de cristal; á seis pilastras jónicas con su cornisón que tie-



nen por remate la cupulita, en cuyo centro una paloma suelta de su pico la cuerda de una grande araña de cristal; la bóveda lleva ocho pares de fajas talladas colgantes, que vienen á terminar sobre las pilastras del cimborrio: en éste hacen juego un rebanco sobre el que se apoyan diez y seis pilastras con su cornisamento, archivoltas y entrepaños con escudos que llevan invocaciones de la *Letanía Lauretana* y ocho arcos geminados con cristalería.

Sobre el cornisamento del anillo levántase una balaustrada de madera y en el friso de éste se puede leer en grandes letras doradas la siguiente estrofa:

Pues sois de los pecadores  
El consuelo y la alegría,  
Escuchad nuestros clamores,  
¡Oh Madre clemente y pia!

Por último, en el fondo de las pechinas destácanse los cuatro Evangelistas pintados al fresco, encerrados en marcos ovaes y tallados, con follajes salientes al rededor y dos ángeles en alta talla que parecen sustentar el cuadro.

*El Altar.*—En el espacio encerrado por las cuatro columnas que cubren el presbiterio, y las seis simples que forman la arcada, existe una especie de plataforma de 90 centímetros de altura, que constituye el presbiterio y el lugar de donde surge el altar central. Descuella éste bajo un elegante florón de arabescos divergentes en talla, de ángeles sosteniendo festones ondeantes de uvas y espigas con otros simbolos alegóricos que adornan la esférica bóveda que le sirve de palio. Sin corresponder á la magnificencia del templo, carece de estilo determinado. Compónenlo, sin embargo, cuatro mesas sencillas: la primera, que es la principal, con un frontal

de plata maciza constituye lo que se llama el altar de la Virgen del Rosario; dos laterales, y una posterior que no está en uso. Sobre el plano encerrado por estas mesas, levántase una base de madera que lleva al frente un Tabernáculo de plata labrada en talla antigua, que sirve de apoyo al trono de la Virgen. Éste, como no sea la parte interior de un elegante domo de bronce que debiera cubrirlo, según el pensamiento del artista que lo ideó y no se ejecutó, redúcese á una pequeña mesa (pues debiera ser la del altar), de metal plateado con arquitos dorados y columnatas al frente, que lleva encima un hermoso relicario gótico. Sobre este cuerpo levántanse cuatro columnas sosteniendo el baldaquino, todo de bronce dorado, estilo bizantino, en cuyo centro resplandece la imagen milagrosa de Nuestra Señora bajo rico dosel. Dos valiosos ángeles del mismo metal, en adoración adornan la delantera del baldaquino; y otro semejante, de pie, señalando al cielo sobre la cúspide piramidal, le sirve de coronamiento. Á derecha é izquierda y en ademán triunfal resaltan las estatuas de los Patriarcas Sto. Domingo y S. Francisco, tremolando sendos estandartes de sus religiones.

El púlpito es proporcionado, elegante, cómodo y bien ornamentado. Por todo el templo vense ondular grandes arañas de vidrio y de metal, pendientes ya de los centros de las bóvedas, ya de ganchos que sobresalen de los capiteles de las altas columnas.

Los arcos todos llevan ornamentación y claves de talla dorada.

La decoración general toda es de gusto, delicada y bellísima.

El coro álzase de la gran nave; y sencillo como es, extiéndese sobre el ámbito comprendido entre las dos puertas centrales opuestas, y dos arcos rebajados, que van de Sur á Norte sustentando una bóveda rebajada



de aristas, que con el cancel gótico componen el sotacoro.

Por lo alto circuye su contorno un cornisón jónico, y sobre éste una balaustrada hace de antepecho. Esta cornisa, corriendo hacia las naves, avanza por sobre arcos rematados en frontones, respectivamente coronados con un artístico ángel de cuerpo entero, que en actitud exterminadora, el de la derecha blande una flami-gera espada, y el de la izquierda, sobre la cabeza del dragón, que le sirve de peana, proyecta su tremenda pica.

En el interior sólo lo adorna el grandioso órgano traído de España, de la fábrica Amezúa.

En lo material es de dos cuerpos; la consola al centro; sola; de sistema tubular moderno. En cuanto al valor intrínseco, á los peritos corresponde fallar: de mí sé decir que por la sonoridad, gravedad, suavidad de sus voces, variedad y gustosa combinación de registros, es una obra digna del Santuario de Chiquinquirá.

Al lado del templo existe un espacioso convento y colegio de los hijos de Santo Domingo, cuyos miembros, en medio de la soledad y de la paz, se dedican al estudio, á la enseñanza, al ejercicio del ministerio y á dar culto á la Santísima Virgen.

Verdaderamente que son espléndidas las funciones que á diario se celebran en el Santuario. Á las cinco de la mañana se celebra la misa conventual, que tres días á la semana es cantada. Á las ocho se canta misa solemne por los músicos de la ciudad. Los domingos y días festivos se predica la divina palabra con notable fruto de los oyentes; y en los meses de Mayo y Octubre se ensalzan también las glorias de la Virgen.

La novena de Ntra. Sra. de Chiquinquirá, que termina el 26 de Diciembre, en que se celebra la fiesta principal, resulta un verdadero acontecimiento. En ese día se postran á las plantas de María millares de piadosos romeros.

Cada siete años el cuadro milagroso es sacado en procesión por la ciudad; y entonces los vecinos rivalizan en celo y entusiasmo por adornar las calles que ha de recorrer su celestial Patrona.

Sólo cuatro veces ha salido de Chiquinquirá la sagrada imagen. La primera fué en el año siguiente al de su renovación, con motivo de haberse desarrollado una epidemia de viruela y sarampión que asolaba los pueblos. En vano se habian hecho varias rogativas. Quería la Providencia que se pusiese toda la confianza en la Madre de Chiquinquirá. Lleváronla en solemne procesión á Tunja, y á los pocos días de estar allí cejó el mal, y luego desapareció no sólo de Tunja sino de todos los pueblos de la comarca.

La segunda salida de la Santísima Virgen fué en 1633, cuando la *peste grande*, que con tal nombre la recuerda la historia. Se la llevó á Tunja; pero desde allí fué trasladada á Santa Fe de Bogotá á petición de los cabildos eclesiástico y civil, por el voto unánime de los habitantes del interior, y con licencia expresa del señor Arzobispo. Por donde quiera que pasaba el milagroso cuadro se sentía el suave al par que poderoso influjo de la divina Omnipotencia. Los enfermos salían al camino á saludar á la *Señorita* y á pedirle les devolviese la salud, y sus esperanzas quedaban satisfechas, pues la Madre de los afligidos no sabía hacerse sorda á los clamores de sus hijos.

El general D. Manuel de Serviez, nacido y educado en Francia, pero que dejó intentadamente su patria para pelear en Colombia contra los españoles, sin permiso de nadie sacó sacrilegamente en 1816 el cuadro de Nuestra Señora de Chiquinquirá, creyendo que era el medio más expedito y eficaz de obligar á los patriotas á engrosar sus filas. No le salieron bien sus cálculos, porque hecho tan osado levantó unánime protesta de los creyentes



colombianos. El ejército realista alcanzó á Serviez y recobró el cuadro, que entregó á los religiosos de Santo Domingo. Ésta fué la tercera salida de Nuestra Señora. Serviez se unió al general Páez; pero un día del mismo año 1816, en que salió contra las órdenes de su jefe, fué asesinado.

Por último, en 1840, á causa de la viruela, que hizo estragos inauditos y que aun recuerdan los ancianos con horror, la Virgen fué conducida á Bogotá. La peste cesó en cuanto la Señora recibió los homenajes de sus súbditos.

En años anteriores la Virgen de Chiquinquirá era muy conocida y venerada en el alto y bajo Perú, en Filipinas, Guatemala y en las ciudades españolas de Cádiz y Sevilla. Ahora no hay católico colombiano que siquiera una vez en la vida no haga la romería al bendito santuario. También la realizan habitantes de Maracaibo, Mérida y Trujillo en Venezuela, y de Ibarra y Cuenca en el Ecuador.

En 1886, con motivo del centenario de la milagrosa renovación del cuadro, se celebraron fiestas con pompa inusitada. Los más inspirados vates pulsaron sus liras y dedicaron inspiradas odas á su celestial Patrona. Pondremos fin á esta reseña reproduciendo una de esas odas, escrita por D. Benjamín Pereira Gamba.

## SALUS INFIRMORUM

### Á LA VIRGEN DE CHIQUINQUIRÁ

#### I

Postrado del dolor en la amargura,  
Más que del cuerpo, enfermo yo del alma,  
Meditaba en mi lecho, con pavura,  
Cómo encontrar pudiera alivio y calma;

Mas de repente, como luz del cielo,  
Brilló á mis ojos un convite santo,  
Que releí con insaciable anhelo,  
Al través de las gotas de mi llanto;

Un himno para tí, Santa Señora,  
La devoción de un pueblo me pedía,  
Aquél cuyo horizonte, como aurora,  
Iluminaste en venturoso día.

La tercera centuria va á contarse  
De ese prodigio de tu amor inmenso;  
Y cada nuevo siglo irá á postrarse  
Ante tus aras, á ofrecerte incienso.

Salté entonces del lecho reverente,  
Para pedirte mi salud, María,  
Y fortaleza para alzar mi frente  
Y unir mi voz á aquella melodía.

Y hoy lo cumplo, merced á tus favores,  
Y vengo á saludarte con mi lira,  
La que olvidar me hicieron los dolores  
Y hoy de nuevo en tu luz y amor se inspira.

#### II

¡Yo siempre te adoré! Mi primer canto  
Á tu pura beldad fué dirigido,  
Antes que el corazón el ciego encanto  
Del amor mundanal me hubiera herido.

El toque de oraciones (1) conmovía  
Desde mi infancia, mi alma religiosa,  
Ungida en celestial melancolía  
Al son del alba y en la tarde umbrosa.

Canté del cisne (2) en la región extraña  
El prodigio admirable de tus dones,

(1) Composición publicada por el autor en 1855.

(2) El Cisne.—Santuario en la provincia ecuatoriana de Loja.